

por salvarle la vida, le acoge en su casa estando ausente su padre. Allí se guardan el mayor respeto, no hablándose sino al través de una cortina; pero se niegan á casarse, porque los habladores no tengan que murmurar, porque se habían visto ántes de los esponsales. Es necesario que el emperador y la emperatriz intervengan para hacer desaparecer los escrúpulos, así como el dios de los Griegos descifraba los enigmas y debilitaba la omnipotencia de la fatalidad.

Drama. Los Chinos no tienen verdadero teatro; una mesa sirve de escenario, y tres cortinas de algodón sostenidas por bambús son las decoraciones: los actores no tienen mas consideración que las sombras chinescas, las figuras de movimiento y los que bailan en la maroma; y el mayor honor á que pueden aspirar es ser llamados por los ricos, de los cuales la mayor parte tienen una sala destinada á los espectáculos, y especialmente á los banquetes y comidas de ceremonia de los mandarines. Cuando los convidados se sientan á la mesa, los cómicos entran ricamente vestidos, saludan á la reunión con profundas cortesías, tocando cuatro veces el suelo con la frente, despues de lo cual se levantan, y su jefe se acerca al convidado mas principal, y le presenta en caracteres de oro la lista de sus dramas, rogándole que escoja el que mas le agrade. Excúsase este, y pasa la lista á otros convidados que se excusan igualmente, hasta que vuelve al primero, el cual decide. Los convidados deben aprobar la elección con un movimiento de cabeza y los cómicos principian á recitar al instante. El director de escena está obligado á advertir si por una casualidad hubiese alguna cosa inconveniente en la comedia, como sería el encontrar en la relación el nombre de alguno de los convidados. La obscenidad de las palabras y el atrevimiento en las acciones no chocan con la delicadeza china; De-Guignes asistió á una representación popular en que la heroína concebía y paría en la escena.

Ábrese la representación con un concierto de tambores, flautas, pifanos, trompetas y sistros; despues se extiende un tapiz y van saliendo los actores que están en algun cuarto contiguo. Las mujeres fuera de la sala, y al través de una rejilla de bambú y de un velo de seda, ven sin ser vistas. La ejecución es de lo mas grosero que puede imaginarse. Los actores salen diciendo: *Yo soy el mandarin tal ó el tetrado tal.* Si exige la acción que se éntre en una casa, dan un paso, como si atravesasen el umbral, y ya está conseguido. El que tiene que hacer un viaje, se pone á correr en el escenario chasqueando el látigo y despues dice: *Ahora llevo á tal parte.* Muchas veces un mismo actor hace varios papeles en una comedia.

La Compañía de las Indias, en su no muy numerosa biblioteca, cuenta mas de dos mil obras teatrales chinas; y aunque carecen de las unidades convencionales de tiempo y de lugar,

tienen, sin embargo, generalmente la mas importante, la unidad de acción. Están divididas en actos y escenas, y en ellas se expresan los sentimientos con bastante naturalidad, si bien rara vez son patéticos; y se intercalan trozos líricos como los coros de los Griegos, ó mas bien como los cantables de nuestras zarzuelas. Estos están, sin embargo, muy léjos del oficio de los coros en las tragedias griegas, los cuales expresaban los sentimientos que despertaban las acciones, y calmaban con suaves voces las tempestades suscitadas por catástrofes dolorosas; pero tambien conocieron los Chinos la necesidad de unir lo lírico á lo trágico, de modo que en los momentos de emoción el actor expresa en versos los sentimientos que despierta la situación en él y en los espectadores. Semejante mezcla de verso y prosa es muy usada; aquellos se cantan y esta se recita, aquellos en estilo escogido, esta en el mismo de la conversación; de modo que de la prosa pasan á un estilo rebuscado, lleno de las acostumbradas alusiones inteligibles solo para los oyentes mas cultos.

Parece que hácia el siglo vii, despues de Jesucristo, se verificó una restauración en el teatro; y desde entónces fueron mas ó ménos considerados los poetas que ostentaron en él su ingenio. Entre los ochenta y un autores de cuatrocientos cuarenta y ocho dramas, hay algunas cortesanas, porque en China, lo mismo que en Atenas, la meretriz literata debe conocer la música vocal, la historia, la filosofía y la poesía, y ademas, saber bailar y tocar la flauta y la guitarra. En algunos dramas dura la representación varios dias.

El primero que se leyó en Europa fué el *Huérfano de la China*, traducido últimamente bastante bien (1), y que, segun Voltaire, nos da á conocer la índole de la China mejor que cualquiera relación que se haya hecho ó se haga acerca de este imperio. Nosotros haremos un análisis de esta obra (2); pero convendrá para su mejor inteligencia dar á conocer ántes una particularidad mal observada de las costumbres chinas, y es que el suicidio no está castigado ni prohibido por las leyes religiosas ni civiles; y en algunos casos se considera como un deber el renunciar á la vida, así como nosotros renunciáramos un empleo cuando no puede conciliarse con el honor ó la conciencia. Cuando una persona está condenada á una muerte lenta y dolorosa, el emperador puede por una gracia especial concederle que se quite la vida, y se cuentan varias historias verdaderas, ó fundadas en algo verdadero, con este motivo. Unos ladrones, que fingiéndose marineros despojaban á los pasajeros que se ponían en sus manos, asesinaron al padre y á la madre de la bella Sui-ung. El piloto se preparó á violar á esta, que resolvió

(1) Chao-chi-ku-enl, ó el *Huérfano de la China*, drama en prosa y verso, traducido del chino por ESTANISLAO JULIEN, París, 1834.

(2) En nuestros Documentos de LITERATURA, donde ademas hablamos de otros dramas chinos.

quitarse la vida; mas reflexionando despues que no quedaria quien vengase á sus padres, se sometió á aquellos deseos brutales. Pensando siempre en la venganza aceptó el ser segunda mujer del licenciado Chu-yung, que la hizo madre, y que elevado despues á altas dignidades consiguió descubrir y castigar á los asesinos. Los parientes de Sui-ung quedaron entónces contentísimos; y ella retirándose aquella noche, se lavó, se puso vestidos nuevos, escribió á su esposo dándole las gracias, y despues se mató, habiendo jurado que no sobreviviria á su venganza. Sui-ung fué proclamada modelo de castidad y de amor filial, y el emperador eternizó su memoria con un arco de triunfo (1).

Chi-ung-tu, esposo de la virtuosa King-ching-ku, quiso probar si sabria resistir su mujer á las lisonjas y á la fuerza, y si cumpliría su juramento de quitarse la vida así que hubiese faltado á su deber. Resistió esta á las mas refinadas seducciones de personas mandadas por él, y se defendió de tal modo de tres hombres que asaltaron su cuarto, que uno de ellos quedó muerto y los demas huyeron. Mas habiéndola arrancado uno de estos una orilla del vestido, y temiendo ella que pudiesen creerla deshonrada al verlo despedazado, se dió la muerte. Llevado el caso á un tribunal, y descubierta la verdad, fué decapitado el esposo, y se erigió un arco triunfal á King-ching-ku con esta inscripción: *Á la gloria de la castidad* (2).

En el *Huérfano de la China*, sacado de la historia de Sse-ma-tsián, miéntras el niño, único descendiente de la casa reinante, está oculto, le descubre un general de guardia en palacio, y no queriendo hacer traición á su consigna, ni al inocente niño, se da muerte y le deja huir. El médico que lo salva entrega á la muerte á un hijo suyo en vez del príncipe, y para ocultar mas el hecho se da la muerte un anciano. Luego el médico fingiéndose espía y habiendo ganado la gracia del ministro, educa en la corte al regio huérfano, que veinte años despues á fuerza de estudios gana empleos y dignidades, é informado entónces de su nacimiento prepara y lleva á cabo su venganza.

El Holandés Van-Braam observó en un drama representado en su presencia una sociedad mas culta, sacrificios generosos y oscuros, y delicados sentimientos. Las dos mujeres de un letrado, cansadas de esperar cuatro ó cinco años su vuelta de la corte, salen de su casa á buscar fortuna, dejando en ella un niño. Un criado y una criada, antiguos en la casa, le toman bajo su protección y trabajan fatigosamente para

(1) En el t. I de los *Contes chinois* de ABEL RÉMUSAT. 1827.
(2) En el *Eong-tu-hong-ugun*, ó sea *Revista histórica de los tribunales chinos*. Voltaire al contrario, en el *Orphelin de la Chine*, hace decir á Idame, aludiendo á los Ingleses:
*De nos voisins alliers imitons la constance;
Le hardi Japonais n'attend pas, etc.
Nous avons enseigné ces braves insultaires;
Apprenons d'eux enfin des vertus nécessaires
Sachons mourir comme eux.*

mantenerlo y darle educación. Al alzarse el telon (que allí se alza como entre nosotros, y no se baja como lo hacían los Griegos y Romanos), el anciano Atai está tegiendo sandalias de paja, único oficio que sabía. Auana, sentada en un taburete, cose sin levantar cabeza. Él trabajando canta la melancólica historia de su señor, con tanto sentimiento que al fin se humedecen sus ojos y corren las lágrimas gota á gota; pero las enjuga y aparenta reirse cómo reconviéndose de su pusilanimidad. Cheuye, el niño que está á su cuidado, crece y se entrega con ardor al estudio, animado y auxiliado por los buenos ancianos, y las sandalias tegidas por Atai proporcionan aceite para sus estudiosas veladas. Pero quedase dormido, y Auana, despues de haberlo mirado tiernamente y de haberle dirigido las mas afectuosas palabras, no sin derramar lágrimas, piensa que es preciso sin embargo despertarlo para que prosiga su tarea; y tomando de la mesa un latiguillo le toca ligeramente en la mejilla.

Despiértase irritado como sucede generalmente, y pregunta á Auana cómo ha tenido el atrevimiento de tocarle, ella que no es su madre sino solo una esclava de su padre. Auana deja que estalle su cólera y despues le manifiesta su injusticia. « ¿ Dónde está vuestra madre? ¿ Quién hace sus veces?... ¿ No soy yo, ingrato? ¿ Y me veo vilipendiada por vos? » Pues bien; no soy vuestra madre; renuncio á ocupar su lugar. » Cheuye, arrepentido con esta afectuosa reconvencción, la pide perdon de rodillas y llorando.

Finalmente su padre, detenido hasta entónces en la corte, vuelve y en el camino encuentra dos pobres mujeres, miserables por todos conceptos, que en las márgenes de un rio estaban lavando ropa blanca y eran las dos fugitivas. Vuelto á su casa sabe su historia y cómo han llegado á aquel estado; y escoge por esposa á la digna Auana, que sin decir palabra se somete á su felicidad. Atai es nombrado mandarin: al fin el hijo llega en hábito de licenciado.

Tanto agradó á Van-Braam este drama, cuyo análisis nos dió, que en su nuevo viaje manifestó el deseo de volverlo á ver, pero con mucha dificultad se encontraron actores que recordasen una obra de hacía veinte años.

Últimamente Bazin publicó (1) cuatro comedias compuestas en tiempo de los emperadores mogoles y elegidas con tino entre géneros diferentes. La mas graciosa, no solo de estas sino de todas las traducidas hasta ahora, es la que se titula *Las Intrigas de una camarera*. Esta se llama Fau-su, mujer diestra y prudente, que hace versos, habla pulidamente y comenta con su jóven señora al filósofo Mencio. Pe-ming-chon bachiller de mucha doctrina, que para cada cosa tiene una cita de un clásico, con la fama de su saber y del lucido exámen que habia sostenido, conquista el corazón de Siao-man, que á escondidas le borda una bolsita perfu-

(1) París, 1838, tom V, en 8°.

mada, sobre la cual pone una cuarteta llena de finezas que expresan su cariño.

La joven piensa arrojar al pasar la bolsita en el suelo del pabellon en que Pe-ming-chon estudiaba, ó mas bien pensaba en ella. Para salir con su empresa, le es preciso pasear por el jardín; Sao-man tiene vivísimos deseos de ello, pero no quiere confesárselo á la camarera con la cual, por el contrario, habla del río Ho y del río Lo, de Fo-hi, de Confucio, de Mencio y del éxtasis en que cae cuantas veces lee algun libro.

Pero la astuta camarera la encarece las delicias de un paseo en una noche serena, y entre calles de flores; por lo cual las dos muchachas corren á jugar por el jardín y Fau-su canta: « Las piedrecillas de nuestros cinturones se agitan con animoso choque; nuestros pequeños piés semejantes á una ninfea de oro huellan blandamente la tierra (bis). La luna brilla sobre nuestra cabeza al mismo tiempo que pisamos el verdeguante musgo (bis). La frescura de la noche penetra nuestros ligeros vestidos. »

Pe-ming-chon las escucha y responde cantando sus amores á la guitarra. Suspira Siao-man al oírle, y dice melancólicamente: *Las palabras de este joven entristecen mi corazón*; pero la camarera, ya riéndose, ya asustada, deja astutamente sola un instante á su señorita, que se aprovecha de él para arrojar la bolsa perfumada y marcharse. Pe-ming-chon la encuentra, y lee la cuarteta; y conocedor profundo de los versos, comprende todas las sutiles intenciones de Siao-man. Las ninfeas que ella bordó le hacen comprender el deseo que tiene de casarse con él. Tanto se enamora que cae malo; la camarera va á verlo y le reprende un poco: « ¿ No habéis oído decir á los buddistas que la apariencia es el vacío, y que el vacío no es mas que la apariencia? ¿ No conocéis aquel pensamiento de Lao-seu: *Los cinco colores hacen que los hombres tengan ojos y no vean; los cinco sonidos hacen que los hombres tengan oídos y no oigan*? Confucio mismo no dice: *¿ Estad prevenidos contra la voluptuosidad?* »

Pero Pe-ming-chon la conmueve en su favor: « Tened piedad de mí: si dirigís bien este casamiento, yo os trasmigraré en un perro ó en un caballo para que nos sirváis en otra vida... »

La camarera, convencida con tan fuertes argumentos, lleva una carta á su señora, la cual al recibirla aparenta gran cólera; sin embargo la lee, y amenaza con castigos á la camarera que la deja hablar, enseñándola despues la bolsita de las ninfeas, y se complace á su vez en amenazar y atemorizar á su señora; por fin defiende la causa del deseoso bachiller, y concluye diciendo con los filósofos: *Mas vale salvar la vida á un hombre, que levantar una pagoda de siete pisos.*

Siao-man se resuelve á escribirle una respuesta en verso, dándole una cita para la noche. Pe-ming-chon fuera de sí, mientras la espera, canta una canción caprichosa. « En tiempo

» del emperador Yao habia diez soles; nueve
» cayeron bajo las flechas que Y-eu supo dis-
» parar con destreza desde la cumbre del monte
» Kuen-lan; uno solo permaneció, y ese eres tú,
» tú que vienes por la mañana y te ocultas por
» la tarde... si te irritas, de repente haces apa-
» recer nubes al Oriente y al Mediodía, y densas
» nieblas al Occidente y al Septentrion... ¡ Pér-
» fido sol! Que no sea yo Eu-si para traspasar tu
» brillante disco, y hacerte caer en tierra! »

Mientras canta esta extraña fantasía, aparece Siao-man reconviniendo y aun pegando á la pobre camarera que la conduce allí. Pero, ¡ ah desgracia! llega la madre, se encoleriza, y dirige una fuerte reconvencción á su hija, á la camarera y al joven letrado. Este, por conseguirla, determina volver á entrar en concurso, porque siendo licenciado ninguna hermosa, ni ninguna madre le resistirá. Esto mismo le aconseja la camarera que se muestra muy cuerda cuando conviene.

El amor le inspira; de tal modo que compone un discurso para el certámen, que solo puede compararse al esplendor del sol. El presidente del consejo de magistratura, admirado, llama á la *Mediadora de los magistrados*, venerable matrona, cuyo oficio es respetado en la China, donde todos los casamientos se hacen por medio de mediadores, y la manda que lleve á cabo la union de Siao-man con el primero de los licenciados; y la camarera se complace en ver á los dos amantes que llegan al cumplimiento de sus deseos por la voluntad imperial y por la omnipotencia de los grados académicos.

CAPÍTULO XXXII

Costumbres chinas.

Así, pues, lo mismo en China que en Grecia, el arte dramático nos revela las costumbres y vida del pueblo, porque este arte es enteramente nacional, nos lleva á lo interior de las casas, adonde no han podido penetrar ni aun los mismos misioneros, y nos instruye hasta de los mas pequeños intereses de la familia. Él nos muestra su vida acompasada é inmutable, su larga cadena de subordinación, su amor mas bien pueril que grande á lo bello, sus indispensables ceremonias, la doctrina é importancia de los letrados, la impasible seguridad de su dantería, la nada que encubre aquella desnuda elegancia, y todo aquel conjunto que ha sabido resistir á tantos siglos y asimilarse los Bárbaros invasores. La vivacidad griega y meridional está desterrada enteramente de aquel país, en que se afecta obrar siempre con pausa, tiempo y medida. Así saben los Chinos sacar provecho de la viveza de los Europeos, para hacerles caer en los lazos que les tienden con profusión y de los cuales no hay un mercader por astuto que sea que se libre. Ocultan bajo una apariencia pacífica la ira y la cólera mas extremadas: cuando se les ofende, manifiestan no resentirse; pero

tarde ó temprano saben vengarse cuando ménos se espera.

La única cosa en que manifiestan pasión es en el juego, cuyas violentas emociones tanto se adaptan á la índole de gente grosera: ricos y pobres se abandonan á él, y aunque está prohibido terminantemente por las leyes, ponen á una suerte de dados los bienes, la casa y despues los hijos y la mujer. En una compilación hecha en tiempo de la dinastía de los Míng (despues de 1368) se lee: « Algunos han dicho que el juego de ajedrez traía su origen desde el emperador Yao, y que este le habia inventado para instruir á su hijo en el arte de gobernar á los pueblos y de hacer la guerra. Nada está mas distante de la verdad. El gran arte de Yao consistía en la práctica continua de las cinco virtudes cardinales, cuyo ejercicio le era tan familiar como á los demas hombres el uso de los piés y las manos. Él usó la virtud, no las armas, para conquistar los pueblos bárbaros. El arte de la guerra, cuya imágen es el juego del ajedrez, es el arte de hacerse mal unos á otros, y el emperador Yao estaba muy lejos de dar á su hijo semejantes lecciones. El juego del ajedrez no debió de principiar hasta despues de los tiempos desgraciados cuando todo el imperio fué desolado por la guerra. Es una invención muy poco digna de Yao. »

Y en otro lugar: « ¡ Ah! En nuestro siglo algunos, posponiendo el estudio de los King, se entregan con tal pasión al juego del ajedrez, que todo lo descuidan hasta el comer y beber. Si se acaba el día, encienden luces, y continúan; y algunas veces los sorprende el alba antes que hayan concluido el juego. Con este pasatiempo debilitan su cuerpo y su espíritu sin pensar en otra cosa. Si tienen negocios, los descuidan; si se presentan huéspedes, los despiden. No se puede conseguir que tales jugadores interrumpian estos frívolos combates ni por la música mas solemne, ni por el mayor banquete de ceremonia. En fin, en este juego, como en otros muchos, se pueden perder hasta los vestidos, y se gana cuando no otra cosa la rabia, la tristeza y el despecho; ¿ y por qué? por quedar dueño de un campo de batalla que en último caso no es mas que una tabla, y ganar una especie de victoria que no ha dado á ningun vencedor títulos, pensiones ni tierras. Hay en él ingenio, no lo niego; pero un ingenio inútil al Estado en general y á la familia en particular. Es un camino que no conduce á nada. Porque si se examina con cuidado este juego con respecto al arte de la guerra, no hallo en él conformidad alguna con las lecciones que nos dejaron los mas famosos maestros: y con respecto al gobierno civil, mucho ménos encuentro las máximas de nuestros sabios. La habilidad de este juego consiste en sorprender al adversario, tenderle lazos y aprovecharse de sus faltas. ¿ Y se inspira así la buena fe y la probidad? »

Como los pueblos ignorantes, los Chinos son fatalistas. Frecuentes incendios consumen sus

ciudades; mas no por eso cesan de quemar papeles é incienso, y fumar y disparar fuegos artificiales en las casas de madera y paja; encendido el fuego, creen que la casa está destinada á quemarse, y no se cuidan de apagarlo. Hay algunos libros que refutan esta creencia, pero el pueblo no los lee, y los que han estudiado no los aprovechan. Prueba de la universal superstición son tantos amuletos y talismanes colgados en las casas, entre los cuales los principales son los sables de monedas, esto es, monedas antiguas de cobre, atravesadas por una especie de lanza de hierro á manera de espada con la empuñadura en forma de cruz, que cuelgan á la cabecera de la cama, á fin de que los soberanos, cuyo busto llevan, alejen los malos espíritus ó *konei*, los cuales creen que son los espectros de los que perecieron de muerte violenta, y que vuelven para espantar á los vivos. Cuando vieron por primera vez á los Europeos con cabellos rubios y nariz prominente, cosas tan opuestas á su belleza ideal, las madres y nodrizas se los enseñaban á los niños como ogros ó demonios, dándoles el nombre de *fan-konei* ó demonios extranjeros.

Otro talisman es la *cerradura de cien familias*: un padre va á buscar á sus amigos y conocidos, y despues de haber obtenido de ciento de ellos cualquier moneda, compra con ellas un adorno en forma de cerradura para suspenderlo al cuello de su hijo, y así las cien personas están interesadas en hacerle llegar á edad madura. ¡ Feliz el que puede obtener escrita de la mano del emperador la palabra *keon*, larga vida!

Por lo demas son económicos, casi avaros: en su casa viven mezquinamente, con arroz, gatos, serpientes, ratas y otros manjares repugnantes para nosotros. No bebían vino antes de la conquista de los Tartaros, pero usaban otras bebidas espirituosas extraídas del arroz; mas en general no se aficionan mucho á los licores, prefiriendo el té, del cual hacen un uso continuo y universal. El mas excelente se reserva para la corte; el de infima calidad para el pueblo, que así puede corregir los malos humores y ponerse en aquel estado de languidez que parece la felicidad suprema. El emperador Kian-lung compuso sobre el té hace un siglo una poesía, en que imaginándose un vaso, en cuyo fondo hay pintadas tres especies de arbustos floridos, dice: « El color de la flor me-hoa no es hermoso sino gracioso; el fo-cheu se distingue por su fragancia y belleza; el fruto del pino es aromático y de agradable color: ¿ cuál de estas tres cosas halaga mas la vista, el olfato y el gusto? Al mismo tiempo poner á un fuego moderado un tripode, cuyo color y forma indiquen grandes servicios; llenarlo de limpia agua de nieve derretida: hervir esta agua lo que basta para volver blanco el color de un pez ó para enrojecer un cangrejo; derramarla en una taza de barro de yué sobre las tiernas hojas de un té escogido; dejarla en reposo hasta que los vapores que de

El té.